

entonces las cuatro de la mañana. La obscuridad era completa.— El primero que penetró en la habitación de Maximiliano comunicándole lo que pasaba, fué su secretario D. José L. Blasio. Pocos momentos después entró á comunicarle la misma noticia el Teniente Coronel D. Agustín Pradillo, que era su oficial de órdenes. . . . Pradillo, que había ido á cerciorarse por sí mismo de lo que pasaba y vió ocupado el edificio de la Cruz y tomadas las ocho piezas de artillería que estaban en la plazuela, puso en conocimiento del Soberano cuanto acababa de observar.»

«El príncipe de Salm Salm, á quien también había avisado Yablouski de lo que pasaba, diciendo que salvase al Emperador, entró á la habitación de éste, á donde había acudido igualmente. . . . Castillo.—Maximiliano tomó unos papeles importantes, dió una de sus pistolas á. . . Pradillo, empuñó él la otra (1) y acompañado de éste, del General Castillo, de. . . Blasio y de. . . Salm Salm, salió de su habitación, á la puerta de la cual, dijo. . . «Salir de aquí ó morir es el único camino.»—Dichas estas palabras, atravesó el corredor, seguido de los cuatro individuos referidos. Llevaba el Emperador su uniforme de General de División; pero iba cubierto con un sobretodo que se puso para resguardarse del frío de la mañana (2): el sombrero era de anchas alas, bordado de oro en su parte inferior, llamado en el país *jarano*. El General Castillo, así como el príncipe de Salm Salm y. . . Pradillo iban de riguroso uniforme.—Al bajar la escalera, encontraron en ella un centinela republicano del batallón de «Supremos Poderes,» que tomando á Maximiliano por uno de los jefes del ejército liberal, no sólo por el sombrero que llevaba, sino también por el desenfado con que se acercaba, echó armas al hombro, dejándole pasar, correspondiéndole el Emperador á aquel saludo. Maximiliano y los que con él iban continuaron su marcha, y en el patio que atravesaban, se hallaron con una compañía del mismo batallón de «Supremos Poderes» . . . Fuera ya del patio y al salir á la plazuela, se encontraron con otra fuerza también republicana, que custodiaba allí la artillería. Maximiliano, amartillando su pistola, dijo á los suyos: «Adelante,» y si-

(1) *Filosofía de la Historia*. Desde que Maximiliano era Emperador de México, esta fué la primera vez que empuñó una arma con muestras de combatir. Muchas de las notas á estos *Anales*, han sido para expresar la filosofía de la historia; mas respecto de lo que falta para la conclusión de esta obrita, quiero que muchas de mis notas, no sólo sean sobre la filosofía de la historia, sino que lleven este encabezado. Carlos V, Francisco I, Napoleón I, Napoleón III y otros muchos reyes y emperadores, se presentaban á la cabeza de sus ejércitos combatiendo personalmente; pero Maximiliano durante el sitio de Querétaro, mientras que Miramón, Mejía, Méndez y Ramírez Arellano ejecutaban hazañas, no llegó á disparar un tiro. ¿Que hizo, pues, durante su Imperio? ¿Acaso *disponer* las cosas del Gobierno? En materias graves ni aun esto. Su frase favorita en todo caso grave era esta: "Conferencien Udes. sobre este negocio, y dénme su parecer;" y lo que le decían eso hacía. Todos los historiadores atestiguan que quienes realmente gobernaron fueron los del *Gabinete particular*, y principalmente Eloin. Cuando éste se ausentó, ejercieron mucha influencia sobre él los restantes pertenecientes á dicho Gabinete, y principalmente el Padre Fischer. Desde Noviembre de 1866 hasta el sitio de Querétaro, los negocios graves los arreglaron Lares, Lacunza y otros de los principales empleados públicos; y lo que se arreglaba en Junta de Ministros y Consejeros, era lo que hacía Maximiliano. Durante el sitio de Querétaro, para todos los negocios graves hacía que los jefes se reuniesen en Consejo de Guerra, y lo que allí resolvían era lo que hacía Maximiliano. Sólo en lo relativo á rompimiento del sitio no les quiso obedecer, porque conoció que en dicho acto corría un peligro seguro la vida de todos, incluso el mismo Maximiliano.

(2) *Filosofía de la Historia*. Para evitar un constipado. Los militares en campaña no se cuidan del frío, ni del sol, ni del polvo, y andan lo más desembarazado posible para la lucha, máxime en lances críticos y violentos.

guió intrépido su marcha. A pocos pasos fueron alcanzados por algunos oficiales republicanos que les marcaron el alto; pero el Emperador, resuelto á arrostrar todos los peligros ó perecer, lejos de intimidarse y retroceder, preparó su pistola y repitió á sus cuatro adictos la palabra «Adelante» (1). En esos momentos se interpusieron algunos soldados republicanos al paso de los cinco, rodeándoles para que se detuvieran. D. Miguel López, que se hallaba entre los oficiales que habían marcado el alto, se acercó á reconocer á los detenidos, y viendo que era el Emperador, á quien tenía empeño en salvar, dijo en alta voz á los soldados: «Esos señores pueden pasar; son paisanos.» Los soldados obedecieron, aunque los que habían sido detenidos vestían traje militar; y Maximiliano, con sus cuatro leales servidores, continuó su marcha á paso acelerado. Al llegar al cuartel de la escolta del Emperador, éste le dijo á Pradillo: «Sería conveniente que me trajesen mi caballo.» Para obsequiar el deseo del Soberano. . . Pradillo se separó de él, á fin de conducirle el corcel, y Maximiliano, seguido. . . de Salm Salm, de Castillo y de Blasio, llegó hasta el palacio departamental, donde se detuvo.»

«Entretanto, el Coronel republicano D. José Rincon Gallardo, después de haber dejado asegurada la posesión de la Cruz, y guiado por D. Miguel López, se dirigió al centro de la plaza, al frente del batallón de «Nuevo León.» Como en el convento de San Francisco se hallaba el parque general de los imperialistas, y la posesión del punto era más importante, marchó á apoderarse de él y de la torre. Pronto se hizo dueño de ambas cosas; pues viendo el jefe de la división de artillería D. Félix Becerra que allí mandaba, que D. Miguel López acompañaba á la fuerza, le dejó entrar sin desconfianza, siendo hecho prisionero en el acto con los soldados que tenía. No habían transcurrido más que algunos momentos, cuando la escolta imperial y el escuadrón de húsares austro-mexicanos pasaban por el mismo punto de San Francisco que acababa de caer en poder de los republicanos, para irse á incorporar con el Emperador en el Cerro de las Campanas. D. Miguel López, que era su jefe directo, les mandó hacer alto y desmontar de sus caballos. Obedecida la orden sin desconfianza, hizo prisioneros al capitán Paulowski y á sus oficiales, así como á los de la escolta imperial, y mandó á los soldados que depusieran sus armas, que fueron recogidas inmediatamente por la tropa republicana. Igual cosa hizo con todos los destacamentos que encontró y que marchaban hacia el punto de reunión.»

«Pradillo llegó á los pocos instantes conduciendo el caballo del Soberano.—Casi en el mismo momento se presentó D. Miguel López montado en un excelente alazán. . . El Emperador, le preguntó: «¿Qué es lo que pasa, Coronel López?» (2). Este, interesado en que se pusiera en salvo, le contes-

(1) *Filosofía de la Historia*. ¿A dónde iba Maximiliano? Al Cerro de las Campanas. ¿A qué? A hacer una defensa heroica, contesta Zamacois, historiador laboriosísimo, hombre probo, y en consecuencia veraz en sus narraciones, pero que en muchas de sus apreciaciones es desacertado, y en algunas llega hasta la candidez. ¿Qué defensa heroica podía hacer un puñado de hombres casi todos á pie, algunos desarmados y todos sorprendidos y desmoralizados, contra un ejército de 35,000 hombres? ¿Qué cañones, ni qué parque, ni qué trincheras, ni qué elementos para una *heroica* defensa había en el Cerro de las Campanas?

(2) *Filosofía de la Historia*. Maximiliano estaba viendo claramente: 1.º Que los republicanos habían entrado por el punto de la Cruz; 2.º Que el jefe de dicho punto era Miguel López; y, 3.º Que dicho Coronel andaba en su buen caballo con su vistoso uniforme, armado y libre entre los republicanos dando órdenes á éstos, mientras que los demás jefes y soldados del mismo punto de la Cruz, estaban desarmados y prisioneros. De manera que, la pregunta:—«¿Qué es lo que pasa, Coronel López?», era muy fría é infeliz. Aque-

tó: «Señor, todo está perdido; vea Vuestra Majestad la tropa enemiga que viene muy cerca».... Maximiliano se dirigió al Cerro de las Campanas, á cuyo punto había encargado se citase á Mejía y á varios jefes de su ejército... Cuando llegó sólo encontró en él ciento cuarenta hombres de infantería de que disponer. Poco después llegó el General D. Tomás Mejía con una corta fuerza de caballería. En seguida de él, y sucesivamente, fueron llegando los Coroneles Segura, Campos y otros jefes y oficiales, unos solos y otros con algunos pocos soldados que habían podido reunir. El Emperador esperaba con impaciencia la llegada del General D. Miguel Miramón. A él únicamente aguardaba para acometer por una de las líneas de los sitiadores y abrirse paso... Cada vez que se veía á cierta distancia alguna corta fuerza de imperialistas que llegaba al cerro, le decía... á Pradillo: «Vea Ud. si en el grupo que viene allí se distingue á Miguel: solo á él espero: no quiero serle inconsecuente» (1). En aquellos momentos llegó el regimiento de la «Emperatriz,» llevando á su frente al Coronel D. Pedro A. González. González le comunicó entonces una noticia que conmovió profundamente al Emperador. La noticia fué que Miramón había sido herido, y que se le operaba en aquellos momentos. El joven General había salido muy temprano de su casa, y se dirigió hacia la Cruz muy ajeno de imaginarse siquiera que la posición había sido ocupada por fuerzas republicanas, cuando al pasar por la plaza de San Francisco, encontró á un oficial de la escolta del Emperador que se dirigía corriendo al Cerro de las Campanas. «Mi General, dijo á Miramón deteniéndose un instante, nos han vendido: la Cruz está en poder de los republicanos» Miramón... sacó su pistola de seis tiros, y se dirigió hacia la Cruz seguido de sus ayudantes. No bien había andado algunos pasos, cuando se encontró con un destacamento republicano, cuyo oficial, adelantándose rápidamente, disparó sobre... Miramón varios balazos con una pistola giratoria de ocho tiros... Una de las balas fué á dar en el pecho del ayudante Ordoñez, que cayó muerto... Miramón... recibió un balazo en la mejilla derecha... viendo que la sangre corría en abundancia de su mejilla, sacó un pañuelo y trató de contenerla. Entonces, disparando el último tiro, emprendió la retirada... con el fin de que se le detuviera la sangre, recibiendo la primera curación en el instante, para marchar en seguida á reunir los soldados que pudiera y batirse, entró en la casa del médico D. José Licea.»

«La situación del Emperador y de los que habían logrado reunirse á él, era cada vez más crítica. Toda la fuerza reunida en el Cerro de las Campanas, sólo ascendía á ochocientos hombres... En seguida les ordenó (á Mejía y á Castillo) que entrasen á deliberar en una tienda de campaña que en el cerro había (2) —Mientras los dos referidos Generales... se ocupaban

lla era la ocasión oportuna para decirle muy duras palabras y hacerle muy fuertes recriminaciones. Otro militar valiente y que no hubiera tenido participio en la entrega de la plaza, en medio de la cólera por tamaña traición, habría pegado un tiro á López, de lo cual hay ejemplos en la historia.

(1) *Filosofía de la Historia*, Yo nunca he sido militar, pero me parece que en aquellos lances de la guerra muy críticos y violentos, ciertas *consecuencias* son unas simplezas ó unas marrullerías. El 10 de Enero de 1861 Miramón se salvó á uña de caballo en Jico, sin esperar á su amigo y compañero Isidro Díaz, dejándolo que siguiera su suerte. El 20 de Marzo de 1862, el General Antonio Taboada se salvó á uña de caballo en Tuxtepec, sin esperar á su amigo y compañero el General Robles Pozuela, dejándolo que corriera su suerte.

(2) A Maximiliano no le abandonó hasta el fin su instinto de *conferencias* y que le dieran su parecer aun en los momentos que demandaban más prontitud y actividad.

en ver lo que sería más conveniente hacer, el Emperador... esperaba... la determinación que tomasen sus generales, paseándose solo en el recinto del reducto. Conociendo que... podría ser hecho prisionero, se acercó al instruido abogado D. Ignacio Alvarez (1)... á quien distinguía con su aprecio su leal Ministro D. Manuel García Aguirre, y le dijo: «Quisiera que me indicase Ud. cómo podría evitar que cayeran en poder de los republicanos mis condecoraciones, mi cartera, mi reloj y algunos otros objetos que traigo y deseo que no se pierdan» (2). D. Ignacio Alvarez le contestó: «Señor, el escribiente de Vuestra Majestad D. José Blasio, podría salvarlo todo» (3). Una granada cayó al terminar estas palabras á distancia de algunos pasos del Emperador y del que con él hablaba. El proyectil reventó, llenando de tierra á los dos; pero sin herir á ninguno de ellos (4)... El Emperador sacó entoces de uno de los bolsillos de su sobretodo, un paquetito de papeles y dió orden á su escribiente D. José Blasio y al capitán Fuerstenvaerther, de que los quemasen en la tienda de campaña. Pronto aquellos pliegos fueron reducidos á cenizas, sin que nadie haya sabido lo que contenían.»

«Como, no obstante haber enarbolado bandera blanca, los sitiadores continuaban lanzando una lluvia de balas de cañón y granadas del cerro de San Gregorio y de otros puntos, sin duda porque no habían visto la señal, se colocaron otras varias sobre los parapetos del reducto (5)... Entonces, Maximiliano, acompañado de sus Generales, jefes y oficiales, empezó á descender del Cerro de las Campanas, para dirigirse á donde se hallaba el General D. Ramón Corona... En seguida un oficial francés llamado Félix d'Acis, preguntó al Emperador mirándole con altanería, si era Maximiliano. El Emperador... le respondió sonriendo desdenosamente: «Con efecto, yo soy Maximiliano.» Entonces el oficial francés, descubriéndose la cabeza, dijo en tono enfático y tomando una actitud burlesca: «Maximiliano de Austria, yo te saludo.» El Emperador le envió una mirada despreciativa y volvién-

(1) No era un abogado el que se necesitaba en aquel caso. Alvarez era un hombre de pocos alcances, como lo prueba la falta de crítica con que escribió sus «Estudios sobre la Historia General de México.»

(2) *Filosofía de la Historia*. A Francisco I en Pavía, á Napoleón I en Waterloo, á Gravina en Trafalgar, á Hidalgo en Calderón, á Morelos al romper el sitio de Cuautla, á Pedro Moreno al romper el sitio del Sombrero, y á todos los hombres verdaderamente ilustres, en momentos de supremo peligro les han ocupado grandes pensamientos: el honor, la patria, la inmortalidad; mas ninguno ha pensado en una cosa tan insignificante como salvar el reloj. «Quisiera que me indicase,» etc. Un campesino rico, en momentos de apuro, se mete el reloj dentro de la pretina, ó lo oculta bajo una piedra, ó hace otra cosa semejante que le ocurre sin preguntar á nadie; pero Maximiliano hasta para cosas pequeñas, como era el modo de salvar el reloj, no pensaba por sí, sino que necesitaba de consejo.

(3) Sabio consejo y, sin embargo, no lo siguió Maximiliano, porque conoció que en caso de un desorden y de que los soldados rasos le registraran á él los bolsillos y lo despojaran de lo que llevaba en ellos, también registrarían y despojarían á Blasio.

(4) *Filosofía de la Historia*. Aquellos 800 hombres que estaban en el Cerro de las Campanas les llovían las balas de todas partes y las granadas reventaban á sus pies, y ellos no disparaban ni un tiro, ni huían hacia ninguna parte, sino que solamente estaban parados como una parvada de pollos, esperando que los viniesen á agarrar, como sucedió. Esta fué la heroica defensa.

(5) En conclusión, Maximiliano hizo un *papel* de resistencia.

Después de haber publicado esto, recibí el valioso obsequio de la Reseña de Santibáñez, en dos tomos en folio, edición de lujo, y en el 2.º, pág. 70, veo que el autor es de mi misma opinión, diciendo: «Maximiliano hacía un *simulacro de defensa* en el Cerro de las Campanas, para alejar de sí la sospecha de una infame traición al ejército que lo había defendido con tanta heroicidad.»

dole la espalda, etc. . . . Cuando se hallaba cerca de la garita de Celaya, se detuvo, viendo que se dirigían á su encuentro. . . . el segundo General en jefe. . . . Corona, acompañado del General Cortina y de su Estado Mayor. . . . Maximiliano indicó en seguida al General republicano que anhelaba hablarle aparte. . . . En los momentos en que el ilustre prisionero iba á tomar la palabra, llegó á caballo un ayudante del General en jefe D. Mariano Escobedo, con la orden de que se condujera á los prisioneros al cuartel general. . . . Corona puso entonces á disposición del expresado ayudante á todos los jefes imperialistas, á excepción del Emperador, Mejía, Castillo, el príncipe de Salm Salm y. . . . Pradillo. . . . á quienes, para que nadie pudiera ofenderles, quiso acompañarles él mismo. El ayudante de. . . . Escobedo partió con los jefes y oficiales imperialistas. . . . escoltando á los primeros una fuerza del regimiento de Cazadores de Galeana. Pocos instantes después. . . . Corona se dirigía con Maximiliano y sus cuatro leales adictos hacia la garita de San Pablo, por donde iba á su encuentro. . . . Escobedo. . . . Presentó á éste sus prisioneros, dándole cuenta de lo acontecido en aquel momento. Maximiliano, al ser presentado á. . . . Escobedo, se desciñó la espada y entregándola al jefe republicano, dijo con dignidad: «Yo soy prisionero de Ud.» . . . Escobedo tomó la espada y la dió al jefe de su Estado Mayor. En seguida dictó algunas disposiciones, y una parte de su escolta partió á poco llevando presos á Mejía, Castillo y. . . . Pradillo, quedando (con Escobedo) el Emperador y el príncipe de Salm Salm. . . . Encargó (poco después Escobedo) al General D. Vicente Riva Palacio que condujese á Maximiliano al convento de la Cruz. . . . Cuando llegó á la Cruz, el Emperador desmontó de su caballo y se lo regaló á. . . . Riva Palacio, como una manifestación de aprecio por las bellas cualidades que le distinguían. . . . La pieza destinada para prisión de Maximiliano, era la misma que le había servido de alojamiento; pero de ella había desaparecido todo, excepto su catre de campaña, una mesa y una silla. El egregio prisionero quedó solo en su prisión, entregado á sus pensamientos. En el corredor, frente al cuarto que ocupaba, se colocó una compañía de los Supremos Poderes, con un centinela delante de la puerta, y otra fuerza se puso en una azotea que quedaba frente de la puerta en la otra extremidad. Los Generales D. Tomás Mejía y D. Severo del Castillo, fueron colocados en el cuarto del Dr. Basch. . . . A Pradillo, al príncipe de Salm Salm, al secretario D. José Blasio y al conde Pachta, se les puso en un cuarto al cual se entraba por la misma azotea que arriba dejo referida; de manera que, pasando por ella, podían comunicarse con el Emperador.—Eran entonces las diez de la mañana» (1).

«Entre los dignos jefes republicanos que le visitaron (á Maximiliano), se hallaban D. José Rincón Gallardo y su hermano D. Pedro. . . . Estaba con el Emperador, en aquellos momentos el príncipe de Salm Salm. . . . Blasio y. . . . Pradillo. En la conversación, uno de los oficiales republicanos refirió los pormenores con que había sido entregado el punto de la Cruz, haciendo saber á Maximiliano, que quien había dado entrada á la fuerza sitiadora era D. Miguel López» (2).

(1) Los jefes más notables presos en el ex-convento de la Cruz, además de los mencionados, fueron los siguientes: García Aguirre, los Generales Francisco García Casanova, Feliciano Licéaga, Pantaleón Moret, Manuel María Calvo y Silverio Ramírez, el Coronel Jesús Ramírez (a) Bueyes Pintos, y el Teniente Coronel Alberto Hans.

(2) *Filosofía de la Historia*. Era la ocasión más oportuna de que Maximiliano se hubiera quejado amargamente de la traición de López, y la hubiera reprobado públicamente en los términos más fuertes, y, sin embargo, no dijo ni una palabra. En el terreno in-

**Mayo, 15 á las cuatro de la tarde.** Prisión de Miramón. Zamacois, á la pág. 1,365, dice: «Uno que le había visto entrar á curarse en la casa del médico D. José Licea, le denunció, diciendo que en ella se hallaba, y á las cuatro de la tarde fué una fuerza á aprehenderle. El oficial, al ver á Miramón herido y en el lecho, le trató con suma atención; le dijo que no se le sacaría de la casa, la cual le serviría de prisión, para que pudiera curarse.»

**Mayo, 16.** Zamacois, á la pág. 1,399, dice: «El 16 de Mayo de 1867 publicó Escobedo un bando militar, ordenando que todos los individuos que hubiesen desempeñado algún cargo ó hubiesen prestado algún servicio á la causa del Imperio en la ciudad, se presentasen en el término de veinticuatro horas, conminando con la pena de muerte al que no lo hiciera, con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862.—A consecuencia de esta disposición, se presentaron los Generales Casanova, Escobar, Moret, Valdez, el Ministro García Aguirre y otras personas notables que fueron puestas en el cuarto que servía de prisión al General D. Severo del Castillo. — Muy pocos fueron los que continuaron ocultos, contándose entre esos pocos, los Generales D. Ramón Méndez y D. Manuel Ramírez Arellano. — El Coronel D. Carlos Miramón, hermano del General del mismo apellido, así como el General Gutiérrez (Ignacio), habían logrado salir ocultamente de Querétaro.»

**Mayo, 16.** Se recibió en México la noticia de la ocupación de Querétaro. Zamacois, á la pág. 1,451, dice: «Casi se tenía por seguro que no transcurrirían muchos días sin ver llegar á Maximiliano al frente de sus ejércitos.—Cuando más lisonjeados se encontraban con esa idea los adictos al Im-

dicial este silencio es sumamente desfavorable á Maximiliano. Este se quejó muchas veces de Napoleón III, muchas de Bazaine, de su hermano Francisco José, de las *viejas pelucas*, de Juárez y de otras personas; pero jamás se quejó de Miguel López. Este es un argumento muy fuerte de la complicidad de Maximiliano con López en la entrega de la plaza.

La narración de la ocupación de la plaza hecha por el General Escobedo en su Informe es, en substancia, la misma de Zamacois. El señor Coronel D. José Rincón Gallardo me ha hecho el favor de hacerme una larga visita refiriéndome la ocupación de Querétaro, y su narración, en substancia, ha sido la misma de Zamacois y de Escobedo.

Un articulista de *El Universal*, dice: «Quien estas líneas escribe, recuerda haberlo oído en París, en 1881, á Mr. Alberto Hans, el autor de una obra titulada «Querétaro,» pues fué Capitán de artillería al servicio de Maximiliano, y testigo ocular del sitio, referir que el General Ramírez de Arellano (de quien fué grande amigo en Europa y aun su ejecutor testamentario después de la muerte de este jefe en un hospital de Rimini), le había dicho que la víspera de la caída de la plaza en poder de Escobedo, se celebró un gran Consejo de Guerra presidido por Maximiliano, para discutir si debía ó no intentarse romper el sitio; que tanto á Miramón como á Mejía les sorprendió la ausencia de López, oficial superior, á quien hicieron buscar por todas partes sin encontrarse, y que entonces el Emperador lo excusó diciendo que le había dado una comisión personal; que á la mitad de la conferencia López se presentó, y Maximiliano, levantándose de su asiento, se fué á hablar con él en voz baja lejos del grupo de los jefes y cerca de una ventana. El General Arellano agregaba, según Mr. Hans, que Miramón, de quien era íntimo amigo y confidente, le había expuesto sus dudas sobre aquella conducta sospechosa de López, y aun sobre la lealtad de Maximiliano para con sus partidarios. En la madrugada del día siguiente la Cruz fué ocupada por los soldados republicanos.»

«Recordamos que en la reunión en que oímos á Mr. Hans referir este detalle, estaba presente Mr. Palmé, el famoso editor católico francés, cuya opinión, favorable al Imperio de Maximiliano, no podía ser discutida, y que este caballero dijo estas palabras muy significativas: *Je commence à croire que ce pauvre Lopez n'est pas si coupable qu'on le considère.* «Comienzo á creer que ese pobre de López no es tan culpable como se le consideraba.»